

Q.

Luther Blisset

CAPÍTULO 1

Frankenhausen, Turingia, 15 de mayo de 1525. Tarde

Casi a ciegas.

Lo que debo hacer.

Gritos en los oídos ya reventados por los cañones, cuerpos que chocan contra mí. Un polvo de sangre y sudor me obtura la garganta, la tos me desgarrar.

Las miradas de los fugitivos: terror. Cabezas vendadas, miembros magullados... Me vuelvo continuamente: Elias viene detrás de mí. Se abre paso entre la multitud, enorme. Lleva sobre sus hombros a Magister Thomas, inerte.

¿Dónde está Dios omnipresente? Su grey está en el matadero.

Lo que tengo que hacer. Las alforjas, bien apretadas. Sin detenerse. La daga le golpea en el costado.

Elias siempre detrás.

Una silueta confusa corre a mi encuentro. Media cara cubierta de vendas, carne desgarrada. Una mujer. Nos reconoce. Lo que debo hacer: el Magister no debe ser descubierto. La agarro: no hablar. Gritos a mis espaldas:

—¡Soldados! ¡Soldados!

La alejo, vamos, ponerse a salvo. Un callejón a la derecha. A todo correr, Elias detrás, de cabeza. Lo que debo hacer: los portones. El primero, el segundo, el tercero, se abre. Dentro.

Cerramos el portón tras de nosotros. El rumor desciende. La luz se filtra débil por una ventana. La anciana está sentada en un rincón al fondo de la habitación, en una silla de enea medio desfondada. Pocas y pobres cosas: un banco deteriorado, una mesa, tizones que recuerdan un fuego reciente en una chimenea ennegrecida por el hollín.

Me acerco:

—Hermana, traemos a un herido. Necesitaría una cama y un poco de agua, en el nombre de Dios.

Elias está parado en la puerta, que ocupa totalmente. Siempre con el Magister cargado sobre los hombros.

—Por unas horas solamente, hermana.

Sus ojos son acuosos y no miran nada. La cabeza se bambolea arriba y abajo. Los oídos silban aún. La voz de Elias:

—¿Qué está diciendo?

Me acerco más a ella. En medio del zumbido del mundo, una cantinela apenas susurrada. No consigo entender sus palabras. La anciana ni siquiera sabe que estamos aquí.

Lo que debo hacer. No perder tiempo. Una escalera lleva arriba, una seña a Elias, subimos, por fin una cama donde echar a Magister Thomas. Elias se enjuga el sudor de los ojos.

Me mira:

–Hay que encontrar a Jacob y a Mathias.

Toco la daga y hago ademán de ir.

–No, ya voy yo, tú quédate con el Magister.

No tengo tiempo de responder, pues está ya bajando las escaleras. Magister Thomas, inmóvil, mira fijamente al techo. La mirada perdida, apenas un parpadeo, diríase que no respira.

Miro fuera: una perspectiva de casas desde la ventana. Da a la calle, un salto demasiado alto. Estamos en el primer piso, debe de haber por lo menos un granero. Observo el techo y a duras penas consigo distinguir la rendija de una trampilla. En el suelo hay una escalera. Medio carcomida, pero que aguanta igual. Me meto a gatas, el techo del granero es muy bajo, el suelo está cubierto de paja. Las vigas crujen a cada movimiento. Ni una ventana, algún rayo de luz penetra desde arriba por entre las tablas: la buhardilla.

Más tablas aún, paja. He de permanecer casi tendido. Una abertura da a los tejados: vertientes. Imposible para el Magister Thomas.

Vuelvo a donde está él. Tiene los labios secos, la frente que le arde. Busco agua. En el piso inferior, encima de la mesa, hay unas pocas nueces y una jarra. La cantinela prosigue incesante. Cuando acerco el agua a los labios del Magister veo las alforjas: mejor esconderlas.

Me siento en el taburete. Me duelen las piernas. Sostengo mi cabeza entre las manos, solo un instante, luego el zumbido se convierte en un fragor ensordecedor de gritos, caballos y hierros. Los bastardos a sueldo de los príncipes entran en la ciudad. Carrera hacia la ventana. A la derecha, en la calle principal: jinetes, picas abatidas, rastrean la calle. Se clavan contra todo cuanto se mueve.

En la parte opuesta: Elias desemboca en el callejón. Descubre los caballos: se para. Unos soldados a pie aparecen detrás de él. No tiene escapatoria. Mira alrededor: ¿dónde está Dios omnipresente?

Apuntan hacia él.

Levanta los ojos. Me ve.

Lo que debe hacer. Desenvaina la espada, se lanza gritando contra los soldados de a pie. Le ha sacado las tripas a uno de ellos, arrojado por tierra a otro de un testarazo. Tiene a tres encima de él. No siente los golpes, aferra la empuñadura con las dos manos como si de una hoz se tratara, continúa lanzando mandobles.

Se apartan.

Por detrás: un lento galope, pesado, el jinete carga por la espalda.

El golpe derriba a Elias. Se acabó.

No, vuelve a levantarse: máscara de sangre y furor. La espada empuñada aún. Nadie se acerca. Oigo que jadea. Tirón de las riendas, el caballo se da la vuelta. El hacha se alza. De nuevo al galope. Elías abre las piernas, dos raíces. Brazos y cabeza hacia el cielo, deja caer la espada.

El último golpe:

–*Omnia sunt communia*, ¡hijos de perra!

La cabeza rueda por el polvo.

Saquean las casas. Echan abajo los portones a patadas y hachazos. Dentro de poco nos tocará a nosotros. No hay que perder tiempo. Me inclino sobre él.

–Magister, escúchame, hemos de irnos, están al caer... Por Dios, Magister...

Lo agarro por los hombros. Respuesta: un susurro. No puede moverse. En la trampa, hemos caído en la trampa.

Igual que Elías.

La mano aprieta la espada. Como Elías. Quisiera tener su coraje.

–Pero ¿qué piensas hacer? Basta ya de martirio. Vete, piensa en ponerte a salvo.

La voz. Como llegada de las mismas entrañas de la tierra. No consigo creer que haya hablado. Está más inmóvil que antes. Golpes retumbantes abajo. Me da vueltas la cabeza.

–¡Vete!

De nuevo la voz. Me vuelvo hacia él. Inmóvil.

Golpes. El portón se viene abajo.

Está bien, las alforjas, no deben encontrarlas, vamos, sobre los hombros, escaleras arriba, los soldados insultan a la vieja, resbalo, no tengo apoyo, un peso excesivo, vamos, se me cae una alforja, ¡mierda!, suben las escaleras, dentro, retiro la escalera, cierro la trampilla, la puerta se abre.

Son dos. Lansquenetes.

Puedo espiarlos por una rendija entre las vigas. No he de moverme, pues al mínimo crujido, estoy perdido.

–Solo un vistazo y luego nos vamos, pues aquí no encontraremos nada... ¡Ah, pero si no estamos solos!

Se acercan a la cama, sacuden a Magister Thomas:

–¿Y tú quién eres? ¿Es esta tu casa?

Ninguna respuesta.

–Está bien, está bien, Günther, ¡mira qué tenemos aquí!

Han visto la alforja. Uno de ellos la abre:

–Mierda, no hay más que papeles, de monedas nada. ¿Qué es esto? ¿Tú sabes leer?

–¡Yo, no!

–Yo tampoco. Tal vez sea algo importante. Vayamos abajo a llamar al capitán.

–Pero ¿qué pasa, es que me das órdenes? ¿Por qué no vas tú?

–¡Porque esta bolsa la he encontrado yo!

Al final se deciden, el que no se llama Günther baja al piso inferior. Espero que el capitán tampoco sepa leer, pues de lo contrario se acabó.

Pasos pesados, el que debe de ser el capitán sube las escaleras. No puedo moverme. Tengo el paladar seco, la garganta llena de polvo del granero. Para no toser, me muerdo el interior de una mejilla y me trago la sangre.

El capitán comienza a leer. Solo me cabe esperar que no comprenda. Al final levanta la vista de las hojas:

–Es Thomas Müntzer, el Acuñador... mejor dicho, el Monedita.*

El corazón me da un vuelco. Miradas de complacencia: paga doble. Se llevan en peso al hombre que declaró la guerra a los príncipes.

Me quedo en silencio, incapaz de mover ni un músculo.

Dios omnipresente no está aquí ni en ninguna parte.

** Juego de palabras del alemán: müntzer significa ‘acuñador’, y müntzel, ‘monedita’.*

Cuestionario

1. Investigue un poco sobre el contexto histórico donde se desenvuelve el cuento.
2. Se habla de una anciana que habita la casa en la que los protagonistas entran. ¿Por qué ella esta susurrando una cantinela?
3. ¿Cómo muere Elias?
4. Especule. ¿Por qué los protagonistas se ven forzados a arrancar, sin poder ser dejar que sean reconocidos?
5. Según como lo presenta el cuento ¿Quién podría ser el Magister Thomas Müntzer? ¿Y por qué es tan importante?